

LUIS VILLALÓN

FUEGO Y BRONCE

UNA EPOPEYA
DE LOS PUEBLOS
DEL MAR



DESPIERTA FERRO

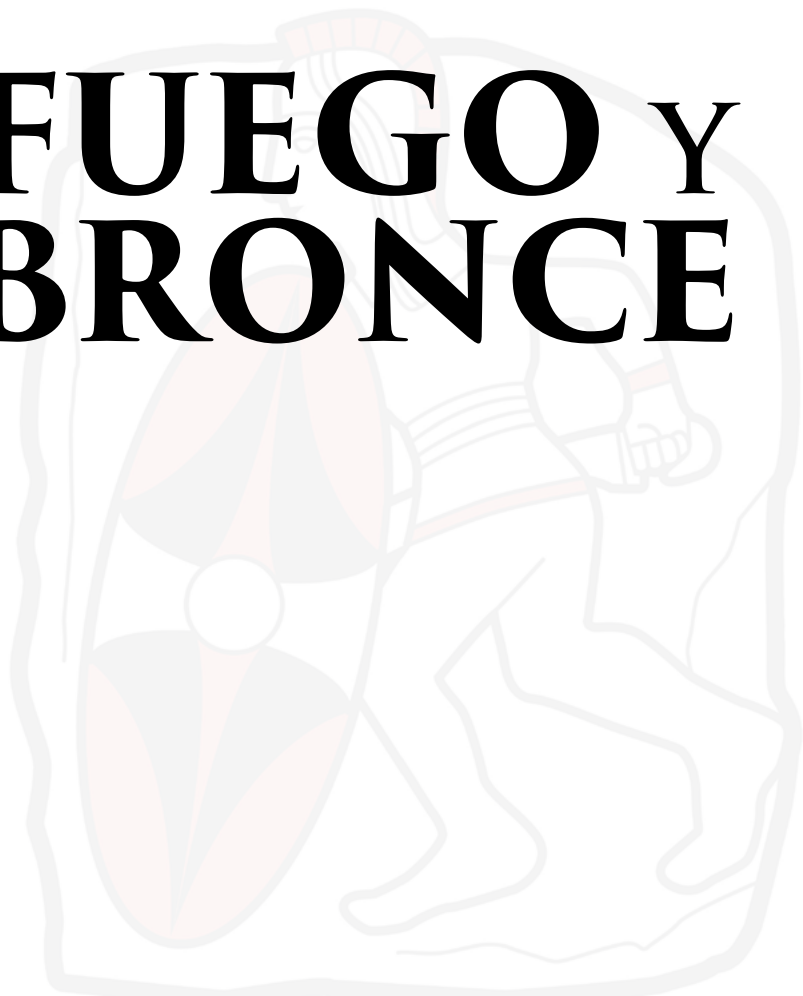


EDICIONES

novela histórica

FUEGO Y BRONCE

DESPERTA FERRO



EDICIONES

LUIS VILLALÓN

FUEGO Y BRONCE

UNA EPOPEYA
DE LOS PUEBLOS
DEL MAR



Fuego y bronce: una epopeya de los pueblos del mar
Luis Villalón

© de esta edición:

Fuego y bronce: una epopeya de los pueblos del mar
Desperta Ferro Ediciones SLNE
Paseo del Prado, 12, 1.º derecha
28014 Madrid
www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 979-13-990789-7-8
D.L.: M-9909-2026

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández
Coordinación editorial: Óscar González Camaño
Cartografía: Desperta Ferro Ediciones

Primera edición: Mayo de 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2026 Desperta Ferro Ediciones.

Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Anzos

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

EDICIONES

A mis padres, que me subieron a bordo.
A Patricia, que rema conmigo.
A Irene y Nerea, que marcan el
rumbo mirando las estrellas.
Y a nuestra gata Love, cuyo
ronroneo nos acompaña todo el viaje.

DESPERTA FERRO



EDICIONES

índice

Dramatis personae 11

I. EL DIOS DE LA TORMENTA

1. WILIOS El Desastre 16

2. MOPSUESTIA Dos años
después del Desastre 51

II. EL DIOS DEL MAR

3. PURO Dos días
después del Desastre 111

4. KUTIRA Ocho años
después del Desastre 157

5. KUPIRIJO Nueve años
después del Desastre 214

III. EL DIOS DE LA MONTAÑA	
6. ḪATTI Tres meses antes del Desastre	260
7. TILIURA Cinco años después del Desastre	302
IV. EL DIOS DE LA MUERTE	
8. KARKEMIŠ Quince años después del Desastre	356
9. UGARIT Diecinueve años después del Desastre	409
V. EL DIOS DEL SOL	
10. RETENU	448
11. DJAHY	498
12. PI RĀMESE	537
VI. LA DIOSA DE LA ESTEPA	
13. AMURRU	592
Epílogo	643
Glosario	647
Topónimos	653
Nota histórica	661
Posfacio: La crisis de 1200 a. C. y los «pueblos del mar», por Jordi Vidal Palomino	667

Y replicó Kôshar-wa-Hassis:
—¿No te lo dije, ¡oh Príncipe Ba'al!,
no te lo repetí, ¡oh Auriga de las nubes!?

Ahora a tu enemigo, Ba'al,
ahora a tu enemigo debes aplastar,
ahora debes destruir a tu adversario.

Posesiónate de tu reino eterno,
de tu dominio por los siglos de los siglos.

Kôshar dos mazas hizo bajar
y proclamó sus nombres:

—Tú tienes por nombre Yagrush.

¡Yagrush, expulsa a Yâm,
expulsa a Yâm de su trono,
a Nahar del solio de su poder!

Salta de las manos de Ba'al,
como un águila de sus dedos.

Golpea en los hombros al Príncipe Yâm,
en el pecho al Juez Nahar.

Saltó la maza de las manos de Ba'al,
como un águila de sus dedos;
golpeó en los hombros al Príncipe Yâm,
en el pecho al Juez Nahar.

Pero fuerte era Yâm y no cayó,

no se doblaron sus artejos,
no se descompuso su figura.
Kôshar otras dos mazas hizo bajar
y proclamó sus nombres:
—Tú tienes por nombre Ayyumur.
¡Ayyumur, echa a Yâm,
echa a Yâm de su trono,
a Nahar del solio de su poder!
Salta de las manos de Ba'al,
como un águila de sus dedos,
golpea en el cráneo al Príncipe Yâm,
en la frente al Juez Nahar.
¡Que se desplome Yâm,
y caiga a tierra!
Saltó la maza de las manos de Ba'al,
como un águila de sus dedos;
golpeó en el cráneo al Príncipe Yâm,
en la frente al Juez Nahar.
Se desplomó Yâm,
cayó a tierra.
Se doblaron sus artejos,
y se descompuso su figura.
Arrastró Ba'al y deshizo a Yâm,
acabó con el Juez Nahar.

Poema de Ba'al, Ilumilku, escriba y gran sacerdote de la corte del rey Niqmaddu II de Ugarit. Siglos XIV-XIII a. C.



dramatis personae

DE WILIOS (TROYA)

Appu, herrero de Wilios, originario de Ḫatti, padre de Kessi y Gurpa

Kessi, herrero de Wilios, padre de Lupakki y Azzari

Mikal, esposa de Kessi

Lupakki, hijo de Kessi y Mikal

Azzari, hija de Kessi y Mikal

Impakru, esclavo de la forja de Appu y Kessi

Walmu, habitante de Wilios

Kurunta, alfarero de Wilios

DE PURO (PILOS)

Kerkios, guerrero de Akhaia, hijo de Alksoitas y hermano de Afareo

Eumetas, guerrero de Akhaia, tío de Kerkios y Afareo

Alksoitas, padre de Kerkios y hermano de Eumetas, comerciante *akhaio*

Enkelawo, *eqeta* de Puro

Weteokleo, *lawageta* de Puro

Nestiānōr, *wannax* de Puro

Afareo, guerrero de Akhaia, hijo de Alksoitas y hermano de Kerkios

DE KUTIRA (CITERA)

Erita, esclava y después concubina de Kerkios

Sîn-Muballit, hijo de Kerkios y Erita

Eunawos, veterano marino de Puro

DE ḪATTI

Gurparanzaḫu/Gurpa, guerrero de Ḫatti, hijo de Appu y hermano de Kessi

Kaddusi, esposa de Appu, madre de Kessi y Gurpa

Muwatali, rey de Ḫatti

Šuppiluliuma (II), rey de Ḫatti

Tudhaliya (IV), rey de Ḫatti

Arnuwanda (III), rey de Ḫatti

Mursili (II), rey de Ḫatti

EN EL LARGO CAMINO DESDE WILIOS Y HATTI

Muwawalwi, rey del País del río Seha

Anfilokos, guerrero de Akhaia

Moqso/Muksus, hombre mántico oriundo de Akhaia

Raikio/Wroikos, padre de Moqso/Muksus

Manto, madre de Moqso/Muksus

Tiresias/Tarišiya, vidente *aḫḫiyawa*, padre de Manto

Kalkas, guerrero *aḥḥiyawa* y rival de Moqso/Muksus
Subaru, esposo de Azzari
Kaddusi, hija de Azzari y Subaru
Pūsukšēn, mercader originario de Aššur
Pūsukšēn, hijo de Afareo y Lamassī
Lamassī, hija del mercader Pūsukšēn
Buzazu, hijo del mercader Pūsukšēn
Taniti, cabecilla *kaška*
Idrimi, amigo de Gurpa
Sakar, veterano guerrero cananeo
Abdi Aširta, bandido *ḥabiru*
Madi-Dagān, curtidor de Karkemiš
Laat-Dagān, hijo de Madi-Dagān
Turi-Dagān, hijo de Madi-Dagān
Urtenu, mercenario oriundo de Ugarit

EN KUPIRIJO (CHIPRE)

Ešuwara, El Gran Supervisor designado por el rey de
Ḥatti.
Kukunnis, guerrero *lukkā*

EN KEMET (EGIPTO)

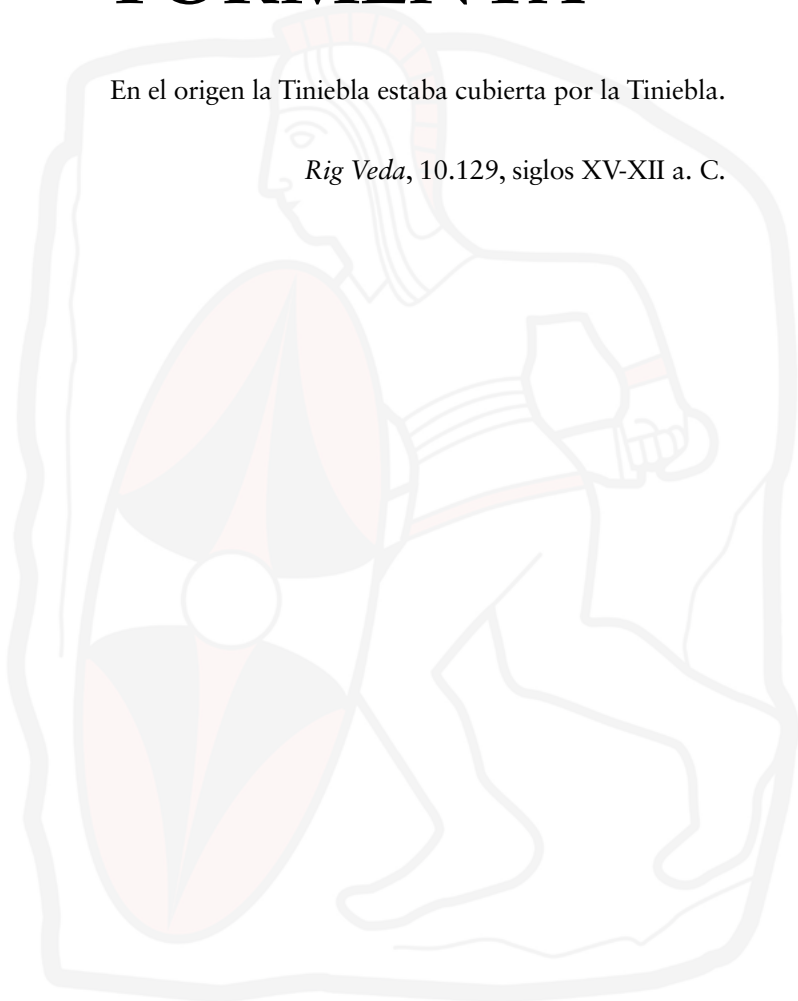
Wenamun, navegante egipcio
Ba-en-Rā Mer-en-Ptah Hetep-her-maāt (Merneptah),
faraón
User-maāt-Rā Meri-Amon Rānese (Ramsés III), faraón
Peremhab, mercenario egipcio

I. EL DIOS DE LA TORMENTA

En el origen la Tiniebla estaba cubierta por la Tiniebla.

Rig Veda, 10.129, siglos XV-XII a. C.

DESPERTA FERRO



EDICIONES

1. WILIOS

El Desastre

Quizá en otro tiempo fueron felices. Pudieron bastarles detalles como mirar el vuelo de un pájaro, contemplar el agua de una fuente o el cauce de un río. Tal vez reían y hacían bromas, y en ello hallaban la alegría suficiente para ser dichosos. O puede que su felicidad fuera más compleja y requiriese de más estímulos: sacas llenas de siclos de plata, el gesto de sus vecinos con la mano en señal de reconocimiento, ropas coloreadas con tintes exóticos elaborados en Gubla o en Alalakh, comidas aromatizadas con esencia de terebinto. Quizá pensaban que los dioses de sus antepasados, Tarhun, el Dios de la Tormenta, y la Diosa Sol de Arinna, y también Appaliuna y los otros dioses de la ciudad, les sonreían, y en esa sonrisa veían ellos reflejada la suya. O acaso la miseria que los habría acompañado a lo largo de los años no hubiera alcanzado para derrotar la confianza que tenían en sí mismos. Pero qué importaba todo eso si dentro de un momento estarían muertos y pasarían a ser solo un recuerdo en la memoria de otras personas, que también morirían. Qué importaba si en un breve instante no serían ya nada.

La puerta se abrió con estruendo e hizo rodar la robusta mesa que la atrancaba como si fuera de plumas y no de madera de cedro. Primero penetró el resplandor de las llamas, seguido de una vaharada de calor. Afuera todo era pasto del fuego y el olor del humo no tardó en filtrarse también. Cruzó la entrada un hombre corpulento de barba poblada y oscura, la cara empapada en sudor y las manos manchadas de sangre. Sonrió mientras jadeaba, hinchando y vaciando el pecho bajo la coraza metálica

que lo cubría. Tras él lo que parecía su sombra era en realidad otra coraza por encima de la cual asomaba un nuevo rostro, este más oscuro y severo. Las cuatro paredes de la estancia de pronto devinieron una trampa terrible para sus habitantes, una jaula sin salida. La lucerna había caído al suelo con el ímpetu de los recién llegados y solo el fulgor que emanaba del exterior iluminaba el lugar.

Los dos hombres empuñaban espadas en una mano y jabalinas en la otra. Un joven se abalanzó con un cuchillo sobre uno de ellos, pero una lanza voló y le ensartó por la garganta, arrojándolo contra la pared y clavándole ruidosamente en ella. Los demás habitantes de la casa, una mujer, dos hombres y dos niños, enmudecieron de espanto. Un tercer niño gimoteó desde un cesto de mimbre, lloró con fuerza y sacudió los brazos como si quisiera ahuyentar el horror con sus gestos. La mujer corrió hacia él, pero a lo largo de la vida de un ser humano a veces los dioses dejan de sonreír, y en esta ocasión prefirieron que las jabalinas fueran más eficaces y certeras que el amor de una madre. El llanto del bebé cesó y ella gritó horrorizada. Los dos hombres murmuraron algo y el primero giró los talones y se fue.

Lo que siguió fue nuevo y viejo al mismo tiempo. Nuevo para los habitantes de la casa, que jamás habían tenido la muerte tan cerca. Estaban acostumbrados a verla más allá de las murallas, incluso en la calle, pero no la habían acogido nunca bajo su techo; jamás habían soportado en su propia carne ese oxímoron, vivir la muerte, la paradójica experiencia consistente en dar por finalizada toda experiencia, extinguirse y desaparecer para uno mismo y para los demás. A todos ellos eso les resultaba novedoso. En cambio, era viejo para el intruso de la coraza: era un guerrero y estaba acostumbrado a limpiar el filo de la espada en los despojos de los muertos.

Uno de los hombres, el más joven, tomó del suelo un martillo de mango largo, propio de su profesión, y se enfrentó al guerrero. Este lo observó, pareció que lo estudiara. Pero no había nada que estudiar: la desesperación, no la pericia, era la que guiaba el arma improvisada. Le bastó una finta para desarmarlo y hundir un puñal junto a la clavícula, en el instante en que el otro hombre corría por detrás y le saltaba encima. Los críos, un muchacho que levantaba algo más de dos codos del suelo y una niña que le llegaba por el hombro, se acurrucaron en el rincón más oscuro de la oscura sala, observando con pavor cómo su padre y su abuelo pugnanaban con un gigante de ojos de fuego, un dragón con cuerpo humano que iba a arrancarles la vida. Mientras, la madre estaba postrada junto al cesto del bebé muerto. No se movía, no hablaba, aunque abría la boca como si quisiera emitir algún sonido.

Fuera, en la calle, las llamas chisporroteaban y se asomaban por las techumbres desde el interior de las chozas, consumiendo las vigas y la paja de los tejados, agitándose y saludando a la noche estrellada. Los muros de adobe de las casas se teñían de color ceniza y el humo extendía un manto gris y ondulante por todas partes. Cuerpos inertes yacían sobre el terreno en posturas extrañas y absurdas, ensangrentados o desmembrados. Dos caballos desbocados cruzaron al galope el lugar con los ojos a punto de escapar de las órbitas, y de tanto en tanto un balido agonizante daba testimonio de que las víctimas de la masacre también tenían cuatro patas.

La ciudad expiaba sus pecados en horrible holocausto. Incluso cuando la matanza estaba llegando a su fin había puñales que desgarraban cuerpos para arrebatárles la vida, y quien pensaba que sobreviviría a la aniquilación sentía una hoja afilada abriéndole la gar-

ganta. Los guerreros de espadas bronceas y lanzas de fresno llevaban días asediando las murallas, tantos que resultaba ya absurdo contarlos. Escaramuzas, ataques en masa, combates frente a los muros. Y esa mañana por fin habían logrado entrar, derribando con enormes arietes dos gigantescos bloques de un lienzo de la muralla y penetrando por la brecha como un torrente sin control. Siempre era igual, allí o en cualquier otra ciudad. Resultaba tan monótono para los verdugos como para sus víctimas: todos comprendían cómo acabaría aquello y el único misterio, la única angustiosa incógnita, era saber quién quedaría vivo.

Hoy era uno de esos días decisivos y terribles en que todo tocaba a su fin. Los invasores lo intuían, los asediados lo sabían y, por eso, unos y otros se esforzaban en la tarea que el destino les había asignado. Pero en medio del caos el hombre de la coraza parecía ser el único que mantenía la compostura, el único que conservaba la calma y se cuidaba de imponer un orden en lo que hacía. Y ese orden le llevó a abandonar la casa una vez que todo en ella había llegado a su cumplimiento. Se alejó mientras el fuego comenzaba a manar del interior de las cuatro paredes; las llamas devoraron aquello que una vez tuvo un sentido y el humo ascendió hacia el cielo llevando en su seno las almas de quienes habían perdido la vida. Dio unos pasos y se reunió con el otro guerrero, que aguardaba junto al humeante rescoldo de lo que antaño había sido un carro de bueyes y ahora no conservaba el eje ni las ruedas. Observaba el horizonte, colina abajo: a lo lejos, tras la llanura, se divisaban las fogatas del campamento y más allá los barcos, ocultos por la oscuridad de la noche. No se miraron.

—Un puñado de abalorios sin valor y una sucia marmita de bronce —dijo, y le mostró el oropel que lle-

vaba en la mano: una pulsera y dos collares de cuentas; de uno de ellos pendía una hermosa medialuna de cornalina—. La marmita se ha quedado allí, si te interesa puedes ir a buscarla.

—¿Y ellos?

—¿Ellos? ¿Qué pasa con ellos? —respondió haciendo una mueca—. Valían menos que esto.

Dolor y oscuridad. Una fetidez ardiente y dulzona a madera y carne quemadas le abrasó las fosas nasales y le hizo toser. Dudó si podría abrir los ojos; dudó si estaba muerto o vivo.

—La herida no te matará —escuchó decir a alguien. Tardó un instante en identificar la voz grave y rasposa de Appu, su padre—, pero yo no sé curarla. Quizá quedés inválido.

Le oyó murmurar: «ojalá Gurpa hubiera estado aquí». Luego reconoció un sonido penetrante y agudo; era el llanto de sus hijos. Eso le dio fuerzas para aferrarse a la vida. El pecho le ardía y no podía mover el brazo izquierdo; descubrió que su cuerpo estaba reclinado contra un enorme bloque de piedra cubierto de musgo, y su padre le explicó a borbotones que se encontraban al pie de las murallas, junto a la puerta sur de la ciudad. Añadió que aún no estaban a salvo y que los niños lloraban de miedo pero se encontraban bien. El hombre calculó mentalmente la distancia desde su posición a su casa y no dio crédito. Aunque su padre era un hombre fuerte, ¿cómo había podido cruzar media ciudad cargando con dos criaturas y un hombre inconsciente? Y su mujer...

—¿Dónde está Mikal?

—No he podido sacarla, Kessi.

Kessi, sí, ese era su nombre, recordó, aunque le sonaba extraño en boca de su padre, quien siempre había evitado pronunciarlo. Pero sacarla... ¿de dónde? Poco a poco fue recordando. Sacarla de la casa. Del lugar donde Impakru había quedado clavado en el adobe de la pared, sobre la yacija de los niños, con los pies colgando a un palmo del suelo. Su esclavo, su amigo, su hijo: todo eso era Impakru. Y siguió recordando que había encontrado a Impakru en el mercado de esclavos de Neša cuando apenas era un mocoso, haría al menos diez inviernos. Fue allí con su carro y sus bueyes en busca de cobre y estaño, los mercaderes y comerciantes de metal habían aprovechado la última incursión de Hatti en el territorio rebelde de Išua y se habían hecho con un importante cargamento, que venderían a buen precio en la plaza. Y casi todos los siclos que su padre había reunido para comprar cuatro minas de láminas de cobre de piel de toro y un lingote de estaño, Kessi los empleó en adquirir a Impakru. Nadie hubiera pagado un siclo por él, pero Kessi dio ocho. Appu se lo recriminó durante mucho tiempo: sin metal un herrero no podía trabajar y tener un esclavo suponía una boca más que alimentar y unos brazos que engordar, inútiles hasta que aprendieran el trabajo de la fragua. Pero con el tiempo el muchacho resultó ser una magnífica inversión. Se mostró en todo momento obediente y disciplinado, y aprendió pronto a aplicar calor al horno y, cuando ganó músculo, a martillar los metales. Impakru era muy diestro preparando los moldes de arcilla para las hojas de las espadas.

Ya no haría nada de eso nunca más: ahora todo era pasado, un recuerdo en la mente de Kessi. El dolor por su muerte adormecía el que le llegaba desde la herida del pecho. Pero ni uno ni otro eran comparables a lo que se le venía encima, la terrible congaja que le anega-

ba el alma cada vez que pensaba en el bebé, una criatura recién nacida y recién muerta, sin tiempo siquiera para haber recibido un nombre y ser presentado a los dioses con los ritos de entrada al mundo de los vivos. Y Mikal. Él ignoraba qué le había sucedido porque perdió la consciencia demasiado pronto. Solo sabía lo que su padre acababa de decirle, y eso bastaba para hundirle en el abismo de la desolación: no había podido sacarla. No había podido salvarla.

El relato precipitado de Appu le sonó como si se tratara de una historia atemporal: escuchó y se imaginó a ambos, Appu y Kessi, sujetos por los brazos del gigante *ahhiyawa*, su cuerpo flácido sumido en la inconsciencia y el padre tratando de zafarse del puño mortal. Mikal intentaría clavar la lanza que había matado a su hijo en el pecho del gigante pero, bronce contra bronce, el arma no penetraría en la coraza; ella lo intentaría una y otra vez, y una y otra vez la punta de la jabalina, la punta manchada con la sangre de la criatura, se escurriría sin siquiera hacer mella. El gigante soltaría sus presas y golpearía a Mikal, y su cuerpo se estrellaría contra el arcón de madera donde guardaban los mantos y las telas de lana de oveja. Entonces los estantes se romperían y copas, jarras y platos caerían encima de ella. Una tinaja de barro quebrada derramaría sobre el cuerpo de Mikal el aceite que Kessi compró en el puerto de la bahía a un comerciante extranjero del otro lado del estrecho; un aceite quizá elaborado en el país desde el que el propio gigante había viajado para matarlos. Ese suceso accidental y casi gracioso la condenaría, porque pronto la alcanzaría una brizna de paja seca incandescente que caería desde lo alto como una lluvia de fuego. Mientras, la enorme espada del gigante *ahhiyawa* cortaría el aire que Appu respirara, pero él, interponiendo una marmita

entre la hoja y su cuello, lograría ganarle a la muerte un instante más. Miraría a los ojos de su enemigo y solo vería en ellos oscuridad, quizá tristeza, tal vez también hastío. Y comprendería en ese preciso momento que no sobrevivirían. Pero el gigante se detendría y guardaría el arma. Le daría la espalda, como haría una pantera aburrida de jugar con su presa, y entonces Appu tomaría la decisión que les salvaría la vida.

—No he podido sacarla —dijo su padre de nuevo—. Te cogí a ti, a Lupakki y a Azzari, y corrí con vosotros a cuestras. Él la alzó del suelo como si no pesara ni una mina, sin importarle el fuego que le quemaba la ropa. Solo pude salvaros a vosotros, Kessi.

Appu repitió una y otra vez el nombre, y a su hijo le siguió resultando impostado. En boca de su padre estaba acostumbrado a escuchar el nombre de su hermano, pero no el suyo. Intentó hablar y el dolor volvió a llevárselo a una oscuridad de la que con gusto no habría regresado porque en ella no existía el sufrimiento.

Cuando despertó era de día. Una tira de lino rasgado le cubría la cabeza a modo de vendaje, aunque él no recordaba esa herida. Tenía la visión borrosa y no reconoció el lugar donde se encontraba, pero pudo adivinar árboles y maleza en torno suyo. La leve brisa no le trajo el olor de las hojas de los pinos y los castaños, ni el aroma del rocío que empapaba la hierba sobre la que estaba estirado, sino un denso olor a ceniza que le provocó náuseas, y de pronto acudieron a su mente los rostros de Mikal, de Impakru y de la carne de su carne, el hijo recién nacido. Así que decidió volver a las tinieblas de la inconsciencia.

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



«Padre, he aquí que los barcos del enemigo llegaron aquí. Mis ciudades fueron quemadas, y los invasores cometieron infamias en mi país. ¿No sabe acaso mi padre que todas mis tropas y carros se encuentran en la Tierra de Hatti, y todos mis barcos están en la Tierra de Lukka? De esta manera, el país ha quedado abandonado a su suerte».

Carta de Ammurapi, rey de Ugarit,
al soberano de Alasiya/Chipre.

Fue en esos años cuando el Mediterráneo ardió, cuando Troya cayó ante el inmisericorde bronce y el poderío hitita se derrumbó como un castillo de naipes, cuando los mismos aqueos que se habían regocijado en las ruinas de Ilión vieron destruidos sus palacios y cuando Egipto tembló. Sí, el Mediterráneo ardió, y gentes sin número, los pueblos del mar, vagaron sobre sus olas, en pos de un nuevo hogar. Desde el Egeo y Anatolia hasta Chipre y Canaán, *Fuego y bronce. Una epopeya de los pueblos del mar*, la nueva novela histórica de Luis Villalón, narra la odisea de esas gentes: los supervivientes de Troya, de Pilos y de Hatti.

Una epopeya de migrantes y piratas, de comerciantes y asaltadores de ciudades, de familias que durante una generación y varias vidas vagabundean por mar y tierra buscando un futuro y una paz que siempre están más adelante. Es el mundo y el momento del colapso de las civilizaciones del Próximo Oriente antiguo, en 1200 a. C., un cataclismo que empuja a nuestros protagonistas contra el único muro que permanecía en pie: Egipto. Allí, entre los juncos del delta del Nilo, será donde se consume esta apasionante historia.

ISBN: 979-13-990789-7-8



9 791399 078978

P.V.P.: 26,95 €

NOVELA
HISTÓRICA